

EL DIA Y LA NOCHE

“Los hechos son siempre vacíos, son recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llene.”

Esto escribía Mario Benedetti con sabiduría, al comienzo de uno de sus libros.

En el relato que nos ocupaba, el recipiente se llenaba en según qué momentos, de sentimientos diferentes de los que lo conformaba en otros.

Aquella historia la viví en una bonita, limpia y alegre ciudad del centro de un determinado país, aunque bien podría haberla vivido en cualquier otro país del mundo.

La descripción que acababa de hacer de la ciudad, me servía para enumerar algunas de las numerosas virtudes de un día cualquiera de ella. Sin embargo durante las noches, sus oscuras y silenciosas calles dejaban entrever, que los riesgos de toparse con algún peligro cierto al volver cualquier esquina, eran reales y posibles. Era esa dualidad, la que en parte hacía interesante sin embargo, la vida de aquella ciudad.

Los ruidos y los rumores de la noche, se confundían entre sí, dificultando su definición y era necesario volver la cabeza a menudo para cerciorarse de que caminaba solo. La vida de las noches, era muy diferente de esa otra, llena de bullicio y confusión, que se vivía cuando era el sol el que iluminaba las calles. También las personas que vivían el día, se diferenciaban claramente de las personas que poblaban las noches.

— ¡Sal de mi rincón, sucio mendigo! ¿No ves que esta es mi casa desde hace años? ¡No te quiero ver cerca de mí, ni en el menos peligroso de mis sueños — dijo el que acababa de llegar.

— Cállate y déjame dormir... ¿No te habías muerto ya? ¡La calle es larga, vete más allá! —respondió el que ya estaba.

El hombre sucio, desaliñado, de barba enmarañada y fuerte olor a alcohol, que vociferaba en aquel instante defendiendo el metro cuadrado de terreno que ocupaba, intentaba al mismo tiempo golpear sin conseguirlo, a aquel otro mendigo que reclamaba para sí el escaso terreno de que disponían.

— ¡Te voy a moler a palos...! ¡Mañana no te despiertas! —volvió a decir el primero, por la llagada y desdibujada boca sin apenas dientes, debido a los numerosos golpes recibidos.

Al mendigo recién aparecido, se le escapaban la saliva y las pocas y desorganizadas palabras que conocía, que sin fuerzas para pelear, aquella noche decidía acurrucarse junto al compañero de infortunio, para aprovechar el mínimo calor que generaban sus cuerpos.

A los pocos instantes, habían unido ronquidos, en ausencia de cualquier otro bien que compartir.

Ambos eran conocidos en el vecindario de aquel lugar, por las peleas violentas y acaloradas, que protagonizaban noche tras noche sin descanso.

El mendigo “propietario” del pequeño portal, donde se dormía cada noche, tenía tras de sí una fea historia. Había sido un estudiante brillante, matriculado en la Facultad de Física, en la que tras obtener su título, ingresaba como profesor impartiendo clases. Por un enfrentamiento con un alto cargo de dicha Institución había sido expulsado, para acabar viviendo en la calle sin más alimento que el que podía procurarse con las escasas monedas, que a lo largo del día, depositaban en su caja las gentes que por allí circulaban. Como lógica consecuencia de ello, era un hombre descreído, rencoroso y violento. A pesar de todo, a veces, no siempre, trataba a su compañero, con cierto respeto aprendido cuando aún no era un hombre de la calle.

El mendigo “desdentado”, no recordaba la última vez que había dormido en una cama, seguramente porque nunca durmió en ninguna. Había llegado a las calles siendo niño, agarrado de la mano de su madre y con ella permaneció hasta que aquella figura cuidadora y querida había desaparecido de su lado, nadie sabe si por muerte o por cansancio. Como lógica consecuencia también, era un hombre vacío, desorientado y triste. No era violento, solo respondía con violencia, seguramente debido al miedo. En realidad a este mendigo, lo único que le preocupaba era comer algo cada día.

Pero como ya hemos dicho, en cualquier ciudad las vidas de las gentes durante el día eran diferentes de las vidas que se vivían durante la noche.

A estos dos mendigos les ocurría otro tanto; así, era habitual, verlos compartir risas, comida y cuidados durante el día como si de dos hermanos se tratara.

Y por todo ello y en este caso, los hechos eran recipientes que tomaban forma de sentimientos bondadosos durante el día, y de sentimientos violentos durante la noche. No podía ser de otra manera.